

es peligroso el anclaje, ofrece un espectáculo muy animado á causa del activo movimiento que mantiene el comercio.

Como esta era la época del año en que los labradores trasladan á la ciudad sus frutos, estaba el camino de Constanza cubierto de grandes carretadas cargadas hasta el esceso; muchas de ellas llegan de paises escabrosos, próximos á las fronteras, distinguiéndose de las demas en la superioridad de talla y vigor de los bueyes que las arrastran; sin embargo, en general casi todo el ganado empleado en aquella conduccion, me pareció extraordinariamente fatigado.

En conclusion, el cabo de Buena Esperanza es para la Gran Bretaña una posicion militar importante; pero seria un error considerarle establecimiento capaz de justificar las esperanzas que hiciera concebir su conquista, ni tampoco de compensar los sacrificios operados en su favor al cabo de cuarenta años.

Pero en tanto que me engolfaba en mis observaciones, transcurrian las horas, el calor se hacia intenso, y las nubes que aparecian sobre la cúspide de la montaña, anunciaban mal temporal. Asi, pues, decidí tomar el bote para trasladarme á bordo.

La aparicion de un navío francés de la fuerza de la Artemisa, fué una novedad que no podia menos de producir gran sensacion en la sociedad de Cabo-Town, tan ansiosa de placeres y distraccion; frecuentemente acudian á visitar la fragata gentes que despues nos pagaban en tierra con cordial acogida, la que alternativamente les habiamos ofrecido mi estado mayor y yo. La tripulacion, lo mismo que sus oficiales y comandante, dando frecuentes paseos por tierra, cobraron nuevos bríos; los que llegaron enfermos se restablecieron, consiguiendo de este modo poner á todos en estado de arrostrar sin temor de enfermedades, las fatigas que debiamos experimentar durante nuestra larga navegacion. Sin embargo, contaba con tocar en Borbon, á pesar de hallarse la fragata bien provisionada de agua y víveres. Sin obstáculo que se opusiese á nuestra partida, decidí darnos á la vela el 22 de abril antes de medio dia.

XII.

CRISTÓBAL COLON.

Entre los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en su siglo por el ascendiente de su genio, hay uno que ha merecido por escelencia el renombre de grande. Su gloria durará tanto como el universo, y la posteridad mas remota tributará á su memoria unánimes homenajes, porque le debemos el descubrimiento mas importante con que el hombre pueda envanecerse; este hombre memorable es CRISTOBAL COLON, que adivinó y encontró un Nuevo Mundo.

Nació por los años de 1435 ó 1436, en las cercanías de Génova, y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las mas activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana; no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertian con narraciones de aventuras marítimas, que contribuyeron á determinar su vocacion á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensacion á los trabajos y peligros.

Colon, todavía niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debia ser algun dia: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenían ya el carácter de un estudio grave, y revelaban el sério

aprendizaje de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colon á la edad de diez años, sabia leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habian asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la universidad de Pavia, donde estudió la gramática y el latin, que se consideraba entonces como la base de la educacion, y despues la geografia, astronomía y navegacion; pero esta ciencia entonces tan limitada, no podia satisfacer al jóven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la universidad de Pavia podian enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria, y un año despues se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcacion, con la que hizo muchas veces la travesia de Génova á Nápoles, y de Nápoles á Marsella. Tenia ya algunas de las cualidades del mando; la decision, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetracion y aquella presencia de espíritu tan necesarias al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Despues de haber tomado parte en la expedicion que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474 muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia Luis XI durante la guerra que tuvo que sostener contra la España, cuyas tropas habian invadido el Rosellon.

Bien pronto la república de Génova, reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colon. Habiasse reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se combatia por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colon servia á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Despues de cerca de dos

horas de combate, llegaron al abordage, y en aquel critico momento, el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se estiende con violencia, y obliga á suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas; pero estas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un jóven conserva su sangre fria, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturdidos á vista del doble peligro, corren á su perdicion atestando las chalupas, á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcacion. Esperando el momento mas favorable para abandonarla, salta de improviso al agua, y como experimentado nadador lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él, para no ser sumergido, se dirige hácia la costa de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal, y el atrevido y afortunado navegante era Colon. Escapado como por milagro de este horrible naufragio que habia costado la vida á todos sus compañeros, sobreviviendo el único á aquel gran desastre de los dos navios, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le habia salvado, y despues de algunos dias de descanso, se encaminó á Lisboa.

No hay mal que por bien no venga: Colon debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal, la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los mas hábiles y audaces marinos del universo. Aventurándose en el Océano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demas naciones, habian hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubrimiento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madeira. Animándose con este brillante resultado, concibieron el

proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografia de los antiguos, se ve que no conocian mas que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopía (1), é ignoraban si la tierra se estendia hasta el polo Norte ó si terminaba en alguna parte hácia el lado del Mediodía.

Colon ya estaba precedido en Lisboa por su reputacion: ya se habia oido hablar de sus talentos, de su valor, y los mas hábiles marinos le acogieron con las demostraciones de la mas sincera estimacion de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecuentes coloquios que tenia con ellos, la conversacion giraba siempre sobre las empresas de los portugueses, y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico. Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciaba con la India, y debian á este privilegio esclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibian los productos indios por el mar Rojo, que debe su nombre al color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías al llegar á este istmo, fuesen desembarcadas para llevarlas á Alejandria de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacian ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastorno y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesi-

(1) Plinio, sin embargo, dice, que ya en tiempo de Alejandro se habia dado vuelta al Africa, y que se habian encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote tambien hace una indicacion sobre este particular.—En cuanto á las escursiones en el grande Océano, ya las hacian los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz viéndose perseguido por una nave de aquellos, la atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques sin descubrir el secreto del viage.

dad de cargar y descargar las mercaderías, y estos trasportes por tierra desde el mar Rojo hasta la ciudad de Alejandria: así se explica la preocupacion constante de los espíritus y la importancia que se daba al descubrimiento de un camino que hiciera las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció también los proyectos de Colon. Se casó con la hija de uno de los capitanes con quienes habia adquirido relaciones en Lisboa: precisamente con el que habia descubierto las islas de Porto-Santo y Madera, y así pudo consultar á su placer los diarios y los mapas de aquel habil navegante. Estos documentos tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones, ni de noche ni de dia se le caian de la mano, comparándolos con las nociones transmitidas por otros navegantes, con sus relaciones, y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiria en este asiduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realizacion de los proyectos que tenia en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas exploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azores y las Canarias, en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrías, no podian distraerle del objeto que se habia propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. «¿No hay, se preguntaba muchas veces á sí mismo, otro camino para ir á la India, menos largo que el que buscan los portugueses al rededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase via recta al Oeste, al través del Océano Atlántico ¿no se llegaría á una tierra que fuese la India, ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro hemisferio ha sido creado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No, yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus

olas este hemisferio; mi razon rechaza esta idea; estoy convencido, por el contrario, de que la India es mucho mas vasta de lo que se piensa, y probablemente se estiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcacion gue constantemente al Oeste y llegará á la India.»

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinion de que debian existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitan de un navío portugués que habia avanzado hácia el Oeste en el mar Atlántico, habia recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos de Oeste. El cuñado de Colon le habia asegurado, que en uno de sus viages, con rumbo desde Madera hácia el Oeste, habia encontrado otro pedazo de madera, cuyas labores se parecian á las del precedente, y otros varios se habian encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Océano Atlántico, entre Europa y América, y á las que se llama tambien islas de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aun desconocida y empujados por los mismos vientos, habian sido arrojados á las costas occidentales de estas islas, y por último, en ellas mismas se habian encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecia de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que habia dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones fortalecian la conviccion del navegante genovés, que habia decidido la cuestion á favor de su idea fija, mientras que los sábios titubeaban: no obstante, creyó que debia consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la experiencia: aquel cuyas luces y reputacion inspiraban mas confianza á Colon, se llamaba Paulo y era médico en Florencia.

Este sábio acogió á Colon afectuosamente; y despues de haber escuchado su razonamiento, que le pareció muy juicioso, le comunicó sus propias observaciones y sus hipótesis, que se conformaban con las de Colon, animándole con ahinco á

persistir en su resolucion de llevar cuanto antes á cabo un proyecto, cuyos buenos resultados le presagiaba.

Animado con estas palabras, Colon no titubeó en acometer una empresa cuyo plan, sometido al exámen de un juez tan competente habia merecido su honrosa aprobacion; pero una nueva dificultad detenia al navegante. ¿Podia él con sus escasos recursos subvenir á los gastos de un armamento considerable? ¿Podia él, á su costa, armar los buques necesarios para tan largo viage? Colon no desesperando de vencer este obstáculo, conoció bien pronto que semejante expedicion escedia á los medios pecuniarios de un simple particular, y que debia interesar en el resultado de su empresa á uno de los monarcas de Europa.

Primeramente se acordó de su patria, para que gozase el fruto de sus descubrimientos, asociándola á la gloria que él se prometia: se dirigió, pues, al senado de Génova, presentóle sus planes y solicitó los socorros que le eran necesarios para su ejecucion; pero el senado no vió en Colon mas que un aventurero, y respondió á sus proposiciones con una insultante negativa.

Colon, lejos de desanimarse, se dirigió á la córte de Portugal, donde tenia mas probabilidades de alcanzar su pretension, puesto que el gobierno portugués se habia ya ilustrado con atrevidas expediciones. En Lisboa prestaron la mayor atencion á sus ideas y sus proyectos; pero esta benevolencia ocultaba un lazo tendido á la buena fé del navegante. Aparentaban acogerle con entusiasmo, para abusar de sus revelaciones, ganarle por la mano en su exploracion marítima y arrebatarle el honor de ella. Esto era una traicion infame, y el gobierno que se hizo culpable de ella, ha merecido el baldon de la historia.

A pesar de todo, la traicion fué inútil á este gobierno desleal. Se habia dado prisa á armar un navío, poniéndole á las órdenes de un capitan encargado de ejecutar el proyecto de Colon; pero este capitan carecia de la conviccion tan indispen-

sable para llevar á cabo las grandes empresas. Navegó algun tiempo hácia el Oeste; pero se cansó bien pronto de una correría sin resultados, y volvió á Lisboa, donde su desaliento y sus quejas suscitaron algunas dudas acerca de la exactitud de los cálculos de Colon. En cuanto á este, indignado de la perfidia del gobierno portugués, salió precipitadamente de Lisboa y se puso en camino para España; pero temiendo que todavía se malograsen sus pasos, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para solicitar socorros.

Ocupaba entonces el trono español Fernando, llamado el *Católico*, príncipe á quien su circumspecta política y su carácter indeciso retraían de las empresas aventuradas. Se hallaba por otra parte empeñado en una guerra contra el último rey de los moros en Andalucía, que tenia su residencia en Granada. Las circunstancias por consiguiente eran poco favorables á Colon, que no podia prometerse grande acogida á sus proyectos; no obstante, Fernando y la reina Isabel su esposa, le recibieron con distincion, le escucharon atentamente y dieron muestras de haberle comprendido; pero eran tan atrevidas las pretensiones de Colon, que el monarca no se atrevió á acceder á ellas sin someterlas al exámen de hombres que pasaban por muy instruidos. Estos hombres cuyos conocimientos eran muy limitados, solo dieron á Colon las pruebas mas patentes de su crasa ignorancia, haciéndole las objeciones mas estrañas y absurdas; segun algunos, el mar que se estiende entre la Europa y la India, era tan vasto que se necesitaban por lo menos tres años de la mas feliz navegacion para llegar al continente mas inmediato: otros pretendian que siendo la tierra redonda, era imposible que no se bajase constantemente, haciéndose á la vela hácia el Oeste, y que si se quisiese retroceder, seria preciso subir, lo que no podria hacerse aun cuando el viento fuese favorable, y hasta habia algunos entre aquellos jueces, que trataban de poner en ridiculo á Colon preguntándole en tono de burla ¿si acaso creia ser mas instruido que los

millares de sábios que habian vivido antes que él, y si era probable que admitiendo la existencia de tierras al otro lado de nuestro globo, hubieran podido permanecer ignoradas por tan larga sucesion de siglos?

No desanimó á Colon la necesidad y orgullo de tales jueces; lejos de eso, no dejó traslucir su despecho y su cólera contra sus objeciones, que como se ha visto, tenian á veces visos de insultantes: llevó su reserva y moderacion hasta el punto de discutir las. ¿Quién lo creeria, si el testimonio irrefragable de la historia, no probase la infatigable perseverancia de Colon? Pasó cinco años en estas interminables discusiones, y en el momento en que esperaba al fin lograr el objeto de sus desvelos, supo que habian dado al rey un informe desfavorable, y la córte de España le declaró que mientras durase la guerra contra los moros, no podia ocuparse en empresas de esta especie.

Este era un pretexto que no se ocultó á Colon; pero contuvo su indignacion, y no acordándose de sus cinco años perdidos en tan penosa expectativa, tanteó el interesar en la ejecucion de sus proyectos á dos grandes de España, que eran bastante ricos para costear los gastos de una pequeña espedicion; pero como estos señores no tenian confianza ni resolucion suficientes para satisfacer á la demanda de Colon, sufrió nueva negativa.

Tantos desengaños, contrariedades y repulsas, hubieran determinado á otro que no fuese Colon á renunciar á sus proyectos; mas si hubiera desesperado de su ejecucion, no hubiera sido tan grande hombre. Las grandes almas y los caracteres de buen temple adquieren nueva energia en la lucha que les pone á prueba. ¿Qué importan los obstáculos y las dificultades que el odio, la ignorancia y la envidia siembran en su camino? Fija la vista en su glorioso fin y en la posteridad que es su único juez, marchan adelante, sin inquietarse por la indiferencia y la ingratitud de sus contemporáneos; del porvenir es de quien esperan justicia y esta nunca la esperan en vano. Tal fué Colon, debió su gloria á su firmeza inalterable.

Entre tanto nuevas pesadumbres domésticas aumentaban las tribulaciones de su permanencia en España. El silencio guardado por su hermano Bartolomé, desde su partida á Inglaterra, decidió á Colon á pasar á esta isla. Ignoraba entonces que Bartolomé habia sido apresado en su travesía por unos piratas, y que consiguiendo romper sus cadenas, habia llegado por fin á Inglaterra, pero en tal estado de miseria que á fin de procurarse los medios de comprar un traje decente, para presentarse en la córte, se habia visto obligado á dibujar y vender mapas.

Colon tenia un hijo llamado Diego, al que amaba mucho, por lo que antes de salir de España, quiso verle, y se presentó en el convento donde era educado (1). El superior de esta casa religiosa, el padre Perez, era un hombre muy sábio, que hizo buena acogida á Colon, escuchando con interés la esposicion de sus planes y la narracion de las contrariedades que ya habia experimentado. El buen religioso comprendió al instante la grandeza y utilidad de la empresa concebida por el genio de Colon, y confiado en su crédito con la reina Isabel, suplicó á su huésped que retardase su partida á Inglaterra, hasta que la reina respondiese á la carta que iba á escribirle.

Esta carta en que el padre Perez hacia las representaciones mas enérgicas á Isabel, hizo la mas profunda impresion en el ánimo de esta princesa. Llamado inmediatamente á la córte, Colon fué recibido con bondad por la reina, y ya los amigos del navegante le felicitaban por su inesperado triunfo, cuando la indecision de Fernando dejó aun fallidas sus esperanzas. Sometió este príncipe de nuevo los planes del genovés, á los mismos hombres á quienes ya habia consultado sobre el particular, y su respuesta fué un nuevo decreto de condenacion, fulmina-

(1) Este convento era el de la Ravida, de religiosos franciscos, no lejos del puerto de Palos. El superior ó guardian se llamba el P. Juan Perez Marchena, hombre muy instruido, y entusiasta por la gloria de su patria.

do contra el que ellos llamaban el aventurero italiano. Fernando no quiso desde entonces oír hablar mas de la empresa de Colon, y hasta su protectora la reina Isabel mandó que se cortasen con él las negociaciones.

Hele aquí espuesto de nuevo á los desdenes y sarcasmos de los cortesanos, porque nunca faltan al rededor de los príncipes hombres perversos que miran como cosa de juego la calumnia, y que arrastrándose á los pies de sus amos, procuran escitarles una sonrisa aprobadora, escarneciendo al hombre de mérito que ha incurrido en su desgracia. Los envidiosos, que tenían ya tal vez el presentimiento del brillante destino reservado á Colon, no le guardaron consideraciones. Parece que este, agoviado de disgustos y aun ultrages, debiera sucumbir bajo el peso de la adversidad; pero su alma era mas fuerte que ella; se dispuso á hacer la última tentativa con el rey de Inglaterra, ofreciéndole una parte del mundo desdeñada por tres potencias.

La noticia de la conquista de Granada por los españoles sorprendió á Colon en medio de sus preparativos de partida. Esta victoria de Fernando y de Isabel habia destruido el imperio de los moros en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á dos amigos de Colon la ocasion mas propicia para recordar á la reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazon humano á los nobles pensamientos y le anima á la ejecucion de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo se espresaron con tanto calor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colon, y defendieron tan bien su causa, que la reina y su esposo no opusieron mas resistencia. Un mensajero fué enviado para alcanzar á Colon que ya habia partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la espedicion que iba á intentar: fueron inmediatamente aceptadas, y Colon se preparó á la ejecucion de su empresa.

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó mas bien el trata-

do revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el vireinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la trasmision de esta dignidad á sus descendientes: ademas le asegura, tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

Isabel, en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la expedicion (1); aunque estipulando, que únicamente sus súbditos castellanos podrian establecerse en los paises descubiertos, y que los estrangeros no tendrian derecho mas que á una permanencia muy limitada. Mientras vivió aquella princesa tuvo buen cuidado del estricto cumplimiento de esta cláusula, á la que tuvieron que someterse hasta los mismos súbditos de su esposo Fernando, y si hubo escepciones fueron muy raras.

La córte dió órdenes para el pronto armamento de la expedicion; pero Colon tuvo que luchar todavia con largos retardos y dificultades de mas de un género. Le era preciso ante todas cosas desvanecer los terrores de los hombres que habian de tomar parte en la expedicion, cuyo objeto, tan vago y remoto, asustaba aun á los marinos mas esperimentados. En fin, tres buques fueron equipados en el puerto de Palos, pequeña poblacion marítima de Andalucía. Tal vez Colon no hubiera podido vencer los obstáculos que se oponian á su partida, sin la actividad y los esfuerzos personales de Martin Alonso Pinzon, hábil y rico navegante de Palos, que lo mismo que su hermano, (2) se habia asociado á la suerte de Colon. Estos dos hermanos con sus exhortaciones determinaron á un cierto número de vecinos de Palos á que les acompañasen. Martin adelantó

(1) Para esto empeñó sus mismas joyas á Luis de Santo Angel, escribano de raciones, el que aprontó sobre las alhajas mas de 16,000 ducados.
(Nota del traductor.)

(2) Habia ademas otro hermano llamado Francisco Martin, el mas jóven de los Pinzones, que fué de piloto en la carabela *Pinta*.
(Nota del traductor.)

ademas á Colon una suma considerable, para completar los gastos del armamento de la expedicion, pues pronto echó de ver que los socorros pedidos al gobierno español no bastaban para costearla. Por otra parte sino hubiera economizado asi sus pedidos, tal vez la córte de España hubiera temido demasiados gastos y entorpecido de nuevo al navegante. Colon se condujo con tal prudencia que todos los gastos del armamento no pasaron de veinte y cuatro mil rixdalers; que representan cerca de trescientos sesenta mil reales de España; suma que aun pareció escesiva á la córte, por lo que Colon, para que no se renunciase á la empresa, se comprometió á aprontar la octava parte de los gastos, bajo la condicion de ser indemnizado con un octavo del producto del viage.

Colon habia pedido tres buques pequeños: de los que le dieron, dos eran embarcaciones ligeras; unas especies de carabelas ó grandes barcas, como las que se han empleado despues para hacer el cabotage en las costas ó á la entrada de los rios. Estas embarcaciones no tenian puentes, y únicamente su popa y su proa estaban muy elevadas. Por lo demas, Colon habia juzgado que la pequeñez de estos navíos era un ventaja para él, pues le facilitaria durante el viage la navegacion cerca de las costas, ó la entrada en las bahías y rios poco profundos. Asi, cuando en su tercer viage costeó los bordes del golfo de Paria, se quejó del grandor de su embarcacion; á pesar de que esta, que hacia de navío almirante, no alcanzaba el porte de cien toneladas: se llamaba *la Santa Maria*, la segunda *la Pinta* y la tercera *la Niña*. El equipage de esta reducida escuadra, provista de víveres para un año, presentaba un efectivo de cerca de noventa hombres.

Ya todos los preparativos están terminados, y las embarcaciones están en la rada de Palos. Colon implora á la Providencia, invocando las bendiciones del cielo para su empresa, y despues de haber cumplido este religioso deber, dá la señal de la partida. Se hizo á la vela el 3 de agosto de 1492, ale-